

# Perder educación

Luis García Montero

**GARCÍA MONTERO ANALIZA ALGUNOS MOMENTOS DE LAS RAÍCES DE LA EDUCACIÓN LAICA Y DEFIENDE LA EDUCACIÓN EN LIBERTAD COMO PROYECTO PROGRESISTA Y JUSTO.**

Los inicios de la ilusión moderna se fundan en el desplazamiento del servilismo humano en favor de una nueva fe: las ventajas de los pactos. El servilismo suponía respeto temeroso a un mundo heredado de la voluntad divina. La inclinación original a los estados de humillación no dejaba de tener ventajas intelectuales. El bien y el mal, la culpa y la gracia, dependían de un mundo ya fijado, escrito, hecho, que reducía el mandato moral de cada fiel al cumplimiento personal de la ley. Una comodidad. Los fieles carecen de responsabilidades individuales en la elaboración del mundo colectivo. Los pactos adquieren importancia cuando la responsabilidad se hace social, cuando sentirse individuo supone un modo de construir la sociedad, de entenderse con ella. Conviene recordar este carácter social de la individualidad moderna, ya en la raíz de su propia constitución ilustrada, porque las costumbres de hoy tienden a fijar en el mundo de los intereses privados no sólo la moral subjetiva, sino también la propia definición de la libertad individual. Y aunque ahora nos parezca un despropósito, una ofensa al sentido común del neoliberalismo, la libertad humana fue la consecuencia de una situación y de un proyecto de responsabilidades colectivas.

El mundo no fundado por Dios sólo puede explicarse por el pacto de los individuos. Y los individuos capacitados para pactar son también la consecuencia de un pacto. La subjetividad moderna nació como una ilusión pactada. Del mismo modo que el con-

trato social quiso asegurar un equilibrio entre los intereses privados y las conveniencias públicas, el contrato pedagógico procuró equilibrar los sentimientos individuales y las razones sociales para educar a los ciudadanos útiles. La ilusión moderna, especialista en devorar sus propias tradiciones cuando impendían el desarrollo del capitalismo más impertinente, ha generado una cultura en la que los conceptos de *utilidad* y de *norma* sufren un descrédito absoluto. Sin embargo, las normas fueron el orgullo inevitable de un pacto entre ciudadanos dispuestos a ser útiles y dueños de su propio destino. Los poetas vanguardistas y los economistas neoliberales se parecen mucho, o por lo menos cumplen un mismo destino ideológico, cuando niegan la legitimidad de las normas y apuestan por el valor vertiginoso del cambio frente al tiempo lento del uso.

El contrato no se consuela con la evidencia de una realidad hecha, ordenada, quieta por ley divina o natural. Necesita pedirle un momento a los otros, dialogar, discutir, moverse en una historia flexible. Dentro de la época responsable y responsabilizada de los grandes contratos sociales y familiares, el contrato pedagógico tuvo una importancia singular. La buena educación era imprescindible para formar ciudadanos útiles capaces de generar normas justas. Una responsabilidad optimista debía unir a sus ilusiones de futuro las consignas del trabajo y la cultura. Dentro de la Ilustración insuficiente española, la melancolía de Jovellanos nos habla una y otra vez de una apuesta por la modernidad que resultaba imposible en el país. Pero cuando pronuncia en 1797 su famosa «Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias», no sólo necesita aclarar frente a la España bárbara la importancia del progreso científico, sino que siente también la necesidad de explicarle a la propia Ilustración, o a sus alumnos del Real Instituto Asturiano, que los avances técnicos son inseparables del desarrollo moral. Al defender las humanidades no se vincula con el pasado, sino que constata una forma ilustrada de concebir el progreso: «Creedme: la exactitud del juicio, el fino y delicado discernimiento, en una palabra, el buen gusto que inspira este estudio, es el talento más necesario en el uso de la vida. Lo es no sólo para hablar y escribir, sino también para oír y leer, y

aún me atrevo a decir que para sentir y pensar». Sentir y pensar eran un proyecto de futuro en la sociedad libre soñada por la Ilustración. Hoy son valores melancólicos en una realidad en la que la tecnología ha desarrollado, junto a un poder de destrucción masiva, su capacidad de controlar las conciencias y de negar a través de las creaciones virtuales la experiencia humana real.

España ha tenido poco tiempo para disfrutar de las promesas de la Ilustración. Cuando parecía que iba a escapar de la fábula amarga del subdesarrollo y a cumplir con las ilusiones del contrato pedagógico moderno, ha entrado junto con el resto de Europa en la nueva melancolía de la posmodernidad, donde otro tipo de supersticiones tecnológicas hacen difícil pensar y sentir en sociedad. Por eso cobra interés el impulso de recordar la melancolía de unos intelectuales que, a lo largo de los siglos XIX y XX, intentaron defender el contrato pedagógico, la necesidad de unir trabajo y cultura, la escuela y los talleres, los libros y la plaza. Pertenecen a otro mundo, a otra melancolía, pero podemos identificarnos con ellos por culpa de las paradojas de la modernidad, que le está devolviendo a la superstición todo el patrimonio de libertad y de ilusión humana que un día intentó arrebatarse.

Cualquier estudioso de la literatura o de la historia del pensamiento reconoce en seguida la sobrecarga ideológica que ha tenido en España el concepto de juventud. En la fábula amarga de los sucesivos fracasos de la modernización social, la juventud aparecía siempre como una promesa de cambio, como un nuevo impulso destinado a la regeneración. En todas las épocas hay de todo, porque el paisaje humano es variopinto al caminar por las calles desbordadas de las ciudades. Pero hay casos que se convierten en síntomas, y la juventud prometedora fue el síntoma de un país que necesitaba entrar en la literatura, en los laboratorios, en los archivos, en las universidades y en la política para transformar su realidad y acompasar el reloj con el tiempo europeo. En el trance de prologar unas meditaciones de juventud, tituladas *Personas, obras, cosas*, el filósofo Ortega y Gasset no tenía más remedio que confesar en 1916 que se le había pasado la mocedad, con todo su tesoro de excesos y diversiones, centrado por obligación en la tarea de vertebrar España. «Mi mocedad –escribió– no ha sido